



Cuentos

MEDIEVALES

GRUPO G





Prologo

German Alvarado Luna

El presente libro forma parte de los productos realizados por los estudiantes de noveno año del colegio Itskatzú Educación Humanista para cumplir con los objetivos de aprendizaje referentes a la época medieval establecidos por el programa de Estudios Sociales del MEP.

El libro consiste en una serie de cuentos elaborados por cada uno de los estudiantes, después de leer el libro “La Edad Media explicada a los jóvenes” del connotado medievalista Jaques Le Goff. Cada estudiante escogió uno de los temas desarrollados por Le Goff, y junto con los demás contenidos estudiados en clase escribió su cuento.

Los cuentos abarcan temas que permitieron profundizar sobre la época medieval tales como la figura del buen cristiano, los códigos de caballería, la fiesta, los castillos y las catedrales, el arquetipo mariano de mujer, la herejía, las cruzadas, los santos, los ángeles, y los demonios, los monasterios, y la leyendas de los seres míticos.

Con este ejercicio los estudiantes lograron entender de forma más amplia como lo producido por esta época aún permea la realidad sociocultural. Pero también, les abre preguntas sobre su propio presente en términos de relaciones de poder, roles sociales, las creencias dogmáticas y supersticiosas, la formas de ejercer la libertad, los horizontes éticos, entre otros.



Índice

La indeleble tentación, Henry Berkland 1

Giros inesperados de la vida Victoria Fernández 7

El pedido del siervo a San Jorge Alma Rosales 11

En busca del perdón Daniela Wong 13

La Catedral de Castilla Isabella Wong 16

La Espectacular Fiesta Amalia Ortiz 21

Oculto entre las sombras Eduardo Chaves 24

En busca de libertad Jimena Fuentes 28

Bohemundo: El líder de los inmortales Alessandro Batista 31

Entre sueños y realidades:

La Leyenda del Reino de Arbentia Isabella Mendoza 37

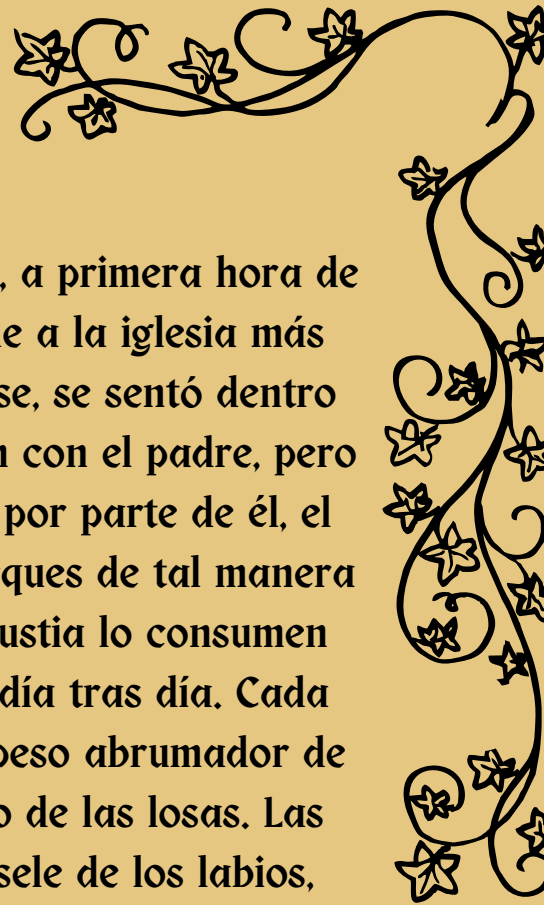


La indeleble tentación

Henry Berkland

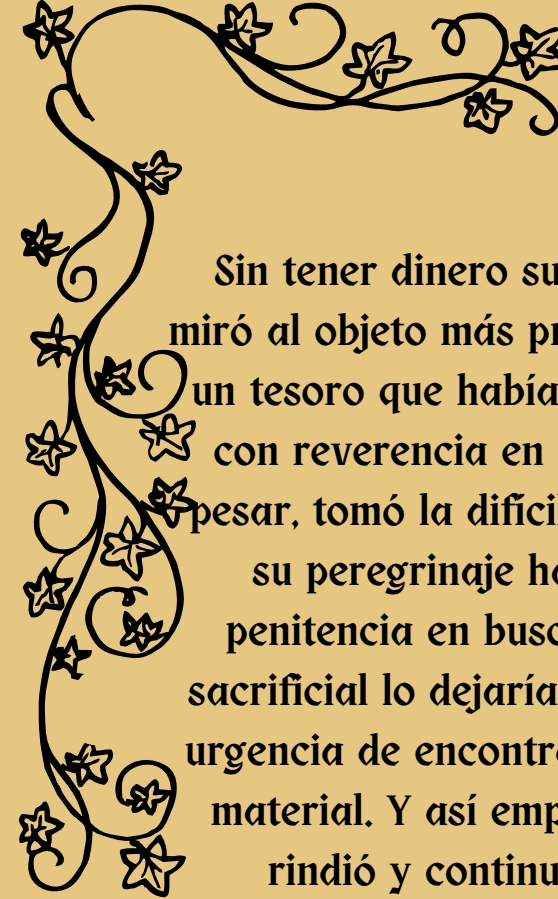
En las estrechas calles de París, donde las grandes iglesias y catedrales se alzaban gigantes, Jacques, un humilde herrero, vivía su vida entre el trabajo y las oraciones. Desde muy temprano hasta el anochecer, su día empezaba con el sonido de las campanas llamándolo a la Iglesia. Se levantaba, rezaba e iba a misa. Se mete en la iglesia por horas, con la ilusión de ser un buen cristiano. Salía, y realizaba sus estudios bíblicos en grupos cada cierto tiempo, cuando un pulcro monje interpretaba la biblia al francés. Practica actos de devoción de día a día, ayunaba y realizaba constantes oraciones. El resto del día lo pasaba en su taller, forjando metal en la fragua.

Esa noche, mientras caminaba hacia su humilde morada, una mujer de esencia profana cruzó su sendero. Su mirada era un abismo de deseos prohibidos y Jacques llegó a ver su tobillo. En un instante, la pureza de Jacques se vio envuelta en una tormenta de lujuria. La carne se rebela contra el espíritu, y en la batalla, el pecado se alzó victorioso. El golpe de realidad llegó a Jacques, se dio cuenta de lo que acababa de hacer y de las claras implicaciones que esto iba a tener, salió corriendo hacia su hogar en angustia e impotencia, sentía como si Dios estuviese juzgándolo directamente. Cuando llegó a su casa no saludó a su esposa ni a sus hijos y fue directamente a encerrarse en su oscura habitación.



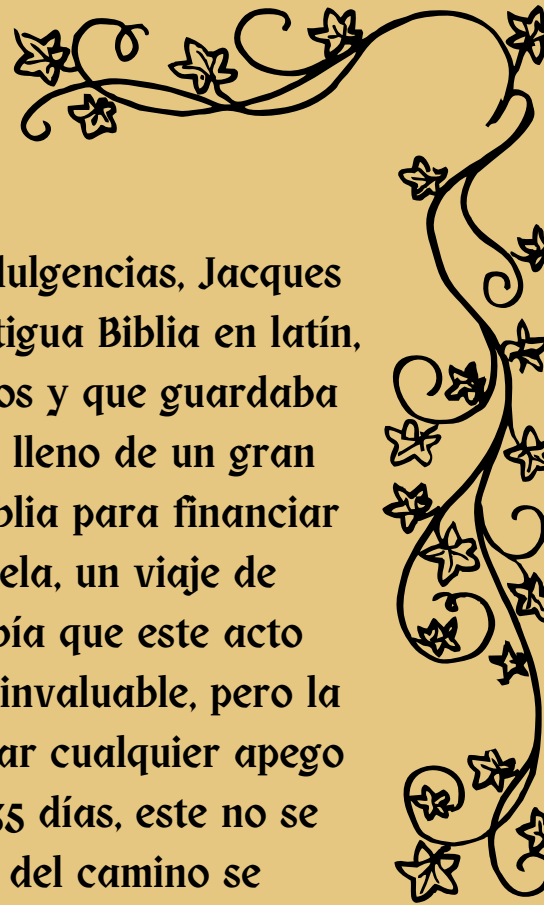
Esa noche Jacques no durmió, al día siguiente, a primera hora de la mañana, este se vistió en sus prendas y fue a la iglesia más cercana a su casa, y se encaminó a confesarse, se sentó dentro del confesionario y comenzó una conversación con el padre, pero en vez de encontrar el perdón y consolación por parte de él, el padre reafirmó la culpa, lo cual impactó a Jacques de tal manera que salió corriendo de ahí. La culpa y la angustia lo consumen como un fuego voraz que devoraba su alma día tras día. Cada vez que se arrodillaba en la iglesia, sentía el peso abrumador de sus pecados aplastándolo contra el suelo frío de las losas. Las palabras de las oraciones parecían escapársele de los labios, sofocadas por un nudo en su garganta, mientras imploraba perdón con desesperación. Y así, día tras día, Jacques cargaba el peso de su culpa como un penitente condenado, con la esperanza siempre esquiva de encontrar el perdón que tanto anhelaba.

Pero mientras más luchaba por liberarse de sus pecados, más se hundía en el abismo de su propia desesperación, temiendo que su destino estuviera sellado por la marca indeleble del pecado de la tentación. Buscaba desesperadamente alguna forma de encontrar alivio para su alma atormentada. En su deseo por obtener el perdón divino, se vio tentado a recurrir a medidas desesperadas. Una de ellas fue comprar indulgencias, creyendo que así podría obtener la remisión de sus pecados y liberarse del peso de la culpa que lo agobiaba. Pero para su mala suerte, el precio de las indulgencias eran más de lo que él había ganado con su negocio de herrería en la vida.




Sin tener dinero suficiente para comprar indulgencias, Jacques miró al objeto máspreciado que tenía, una antigua Biblia en latín, un tesoro que había heredado de sus ancestros y que guardaba con reverencia en su hogar. Con su corazón lleno de un gran pesar, tomó la difícil decisión de vender la Biblia para financiar su peregrinaje hacia Santiago de Compostela, un viaje de penitencia en busca de la gracia divina. Sabía que este acto sacrificial lo dejaría desposeído de un tesoro invaluable, pero la urgencia de encontrar la paz espiritual socavar cualquier apego material. Y así emprendió su viaje, durante 35 días, este no se rindió y continuó. Las posadas a lo largo del camino se convirtieron en refugios temporales para Jacques y otros peregrinos exhaustos, donde compartían historias y experiencias mientras descansaban de la fatiga del día. Sin embargo, incluso en estos lugares de relativa seguridad, Jacques no podía escapar del peso de su culpa. Mientras se acurrucaba en su lecho improvisado, la oscuridad de la noche parecía intensificar sus miedos y preocupaciones, dejándolo vulnerable ante los fantasmas de su propio pasado.

Al llegar finalmente, Jacques se encontró frente a la majestuosa catedral que se alzaba gigante en medio de la ciudad. Sus ojos se llenaron de lágrimas al ver la silueta imponente de las torres que se elevaban hacia el cielo, como si estuvieran tocando las estrellas. Al entrar en la catedral, Jacques se arrodilló ante el altar con humildad y reverencia, sintiendo el peso de su culpa y la ligereza del perdón que tanto anhelaba. Sus lágrimas se mezclaron con el incienso y velas aromáticas que flotaban en el aire. Después de algunos días de descanso en Santiago, Jacques decidió emprender el regreso a su hogar.



Sin tener dinero suficiente para comprar indulgencias, Jacques miró al objeto máspreciado que tenía, una antigua Biblia en latín, un tesoro que había heredado de sus ancestros y que guardaba con reverencia en su hogar. Con su corazón lleno de un gran pesar, tomó la difícil decisión de vender la Biblia para financiar su peregrinaje hacia Santiago de Compostela, un viaje de penitencia en busca de la gracia divina. Sabía que este acto sacrificial lo dejaría desposeído de un tesoro invaluable, pero la urgencia de encontrar la paz espiritual socavar cualquier apego material. Y así emprendió su viaje, durante 35 días, este no se rindió y continuó. Las posadas a lo largo del camino se convirtieron en refugios temporales para Jacques y otros peregrinos exhaustos, donde compartían historias y experiencias mientras descansaban de la fatiga del día. Sin embargo, incluso en estos lugares de relativa seguridad, Jacques no podía escapar del peso de su culpa. Mientras se acurrucaba en su lecho improvisado, la oscuridad de la noche parecía intensificar sus miedos y preocupaciones, dejándolo vulnerable ante los fantasmas de su propio pasado.

Al llegar finalmente, Jacques se encontró frente a la majestuosa catedral que se alzaba gigante en medio de la ciudad. Sus ojos se llenaron de lágrimas al ver la silueta imponente de las torres que se elevaban hacia el cielo, como si estuvieran tocando las estrellas. Al entrar en la catedral, Jacques se arrodilló ante el altar con humildad y reverencia, sintiendo el peso de su culpa y la ligereza del perdón que tanto anhelaba. Sus lágrimas se mezclaron con el incienso y velas aromáticas que flotaban en el aire. Después de algunos días de descanso en Santiago, Jacques decidió emprender el regreso a su hogar.



El camino de vuelta no sería fácil, pero esta vez lo recorrería con un corazón más ligero y una determinación renovada de vivir una vida de rectitud y virtud. Al regresar a su hogar, Jacques se enfrentó a los desafíos de reconstruir su vida sobre los cimientos de su fe renovada. Encontró consuelo y fortaleza en la comunidad de creyentes que lo rodeaba, y se comprometió a vivir cada día con un sentido renovado de propósito y dedicación a seguir los principios de amor, perdón y compasión que había aprendido en su viaje. Aunque la culpa nunca desaparecería por completo, Jacques encontró consuelo en la certeza de que dios, en su infinita misericordia, había perdonado sus pecados y le había dado una nueva oportunidad para vivir una vida de gracia y redención, pero ahora, tendrá calma hasta que vuelva a ver otro tobillo.

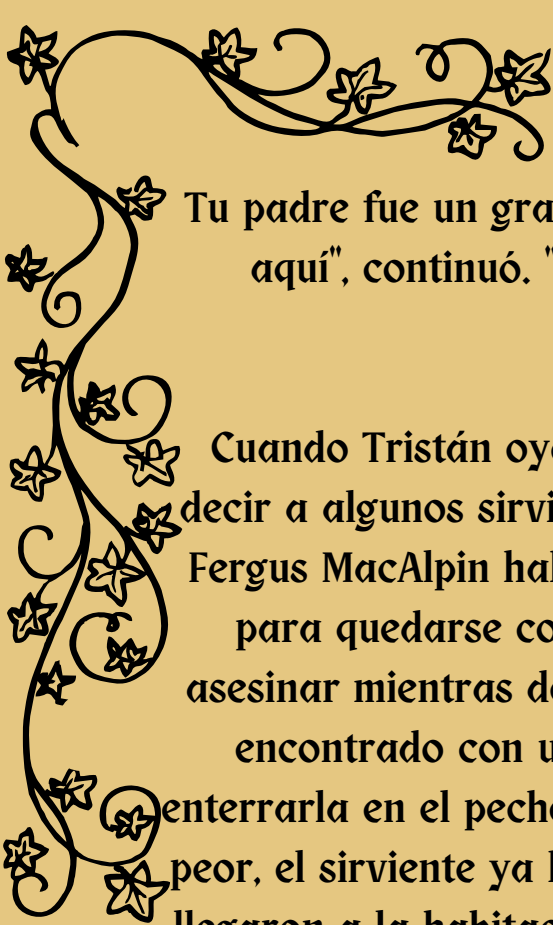
Giros inesperados de la vida

Victoria Fernández

En el año 1200, en Escocia, había un noble caballero de nombre Tristán. Él era un hombre al que le cambió la vida un simple e inesperado acontecimiento, llevándolo a convertirse en una persona completamente diferente de lo que era antes. Era un hombre escéptico de 25 años con grandes zapatos que llenar, ya que su padre había sido un gran caballero de la guardia real que murió en batalla por su rey. A partir de eso, Tristán empezó a buscar algo que lo hiciera ver como los demás veían a su padre, o incluso mejor. Así que se pasó entrenando sus métodos de combate día y noche hasta que un día el rey lo mandó a llamar.

Tristán estaba nervioso. Por un lado, estaba orgulloso de sí mismo por hacerse notar, pero por otro, estaba preocupado por el destino que le deparaba al entrar a ese gran salón y presentarse ante el rey, ya que su padre había dado su vida por ese hombre.

Pero apartó sus sentimientos a un lado, como todo hombre respetable en esa época, y entró al salón. Estaba lleno de detalles dorados por todas partes, y había cortinas de terciopelo verde en cada una de las ventanas. Al frente de sus ojos, había un trono gigante de color verde hecho de oro, donde estaba sentado el rey Alexander MacAlpin segundo. Tristán se preguntó si algún día él sería el hombre sentado en ese trono, convocando a caballeros a su gran salón para darles una misión.



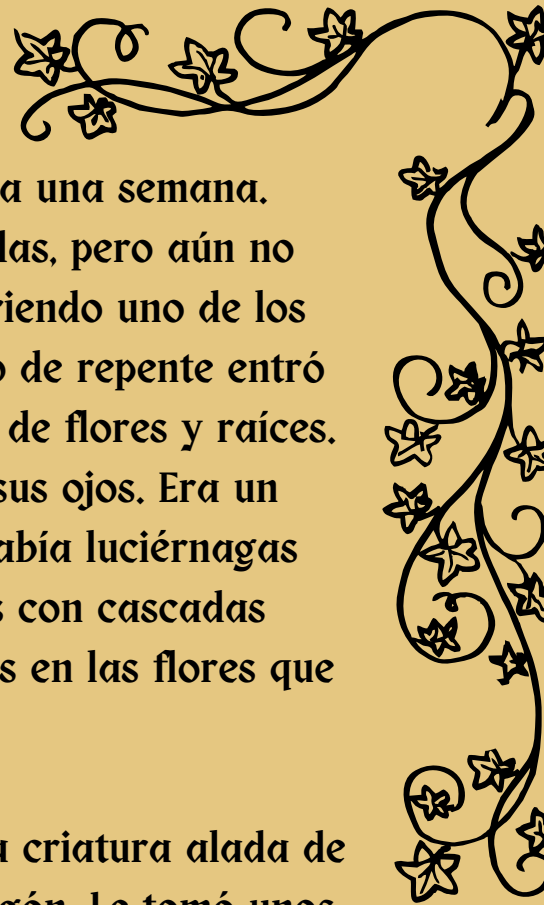
Tu padre fue un gran guerrero", dijo el rey. "Por eso te convoqué aquí", continuó. "Necesito que me traigas a un traidor, mi hermano".

Cuando Tristán oyó eso, confirmó los rumores que había oído decir a algunos sirvientes del rey en la aldea. Se rumoreaba que Fergus MacAlpin había intentado asesinar a su propio hermano para quedarse con el trono. Al parecer, lo había intentado asesinar mientras dormía. Uno de los sirvientes del rey lo había encontrado con una daga de plata en la mano, a punto de enterrarla en el pecho de su hermano. Pero antes de que pasara a peor, el sirviente ya había avisado a los guardias del rey. Apenas llegaron a la habitación, el heredero ya había escapado. Después de eso, no se supo cuál fue el paradero de Fergus MacAlpin.

Sí, señor", dijo Tristán.

"Lo último que se supo es que huyó al norte. Saldrás a primera hora de la mañana. Tienes 5 días para traerlo, o si no pasarás por consecuencias", terminó de decir el rey.

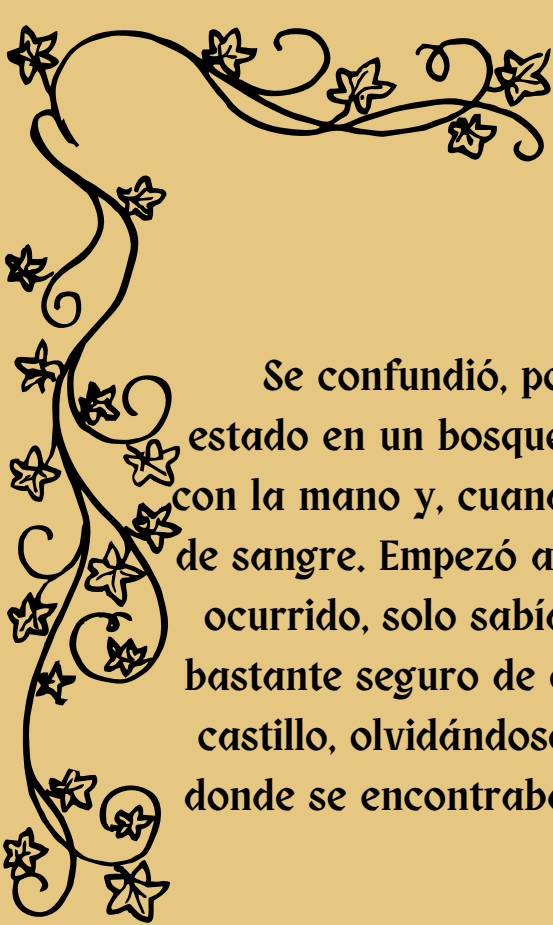
A primera hora de la mañana, Tristán salió en busca del traidor montando a su querido caballo, Angus. Era un caballo grande de color negro noche con una franja blanca en la cabeza. Tristán lo quería mucho y siempre trataba de cuidarlo lo mejor posible.



Tristán llevaba suficientes provisiones para una semana. Recorrió 75 kilómetros en dos días con paradas, pero aún no había encontrado nada. Tristán estaba recorriendo uno de los bosques más inexplorados de su región cuando de repente entró por una puerta situada entre dos árboles, llena de flores y raíces. Al entrar, no podía creer lo que había ante sus ojos. Era un mundo totalmente diferente al que él vivía. Había luciérnagas volando por todo el lugar, montañas verdes con cascadas inmensas por todas partes e increíbles criaturas en las flores que parecían ser hadas.

Pero lo que más lo impactó fue ver la tremenda criatura alada de color rojo volando en el cielo: un auténtico dragón. Le tomó unos cuantos minutos procesar lo que había a su alrededor, pero después se olvidó de la misión que tenía y caminó más adentro de ese increíble lugar en el que se encontraba. Se encontraba en un bosque hermoso lleno de colores, cuando más adelante vio a un caballo blanco con un cuerno justo en la frente. Cuando lo vio, se acordó de su caballo Angus, pero no lo vio por ningún lado.

Aun así, siguió caminando y empezó a recordar todas las leyendas paganas que su madre le había contado de pequeño. Eran reales, todas las historias eran reales. Se preguntó qué pensaría el rey cuando le dijera que encontró un montón de increíbles criaturas míticas. Pero de un momento a otro, todo se oscureció, volviéndose completamente negro. Al cabo de unos minutos, abrió los ojos con miedo y se encontraba en el bosque que estaba recorriendo antes de encontrarse con esas criaturas.



Se confundió, porque hacía solo unos segundos que había estado en un bosque mítico. Notó que le ardía la frente. Se tocó con la mano y, cuando se dio cuenta, tenía una gran herida llena de sangre. Empezó a asustarse. No sabía nada de lo que le había ocurrido, solo sabía que había visto cosas increíbles, y estaba bastante seguro de eso. Agarró a su caballo y galopó directo al castillo, olvidándose de su misión. Cuando llegó, entró al salón donde se encontraba el rey a toda prisa y le contó lo que había sucedido.

Después de que Tristán le contó todo lo que había visto, el rey dedujo inmediatamente que una bruja había hecho magia negra con él y que trataba de asustar al reino. Así que no dudó y mandó a quemar a Tristán por no haber traído al traidor y por miedo a que las criaturas que había visto vinieran a aterrorizar al reino.

Así que Tristán fue quemado, todo por el simple hecho de que había alucinado todo. Después de caerse del caballo y golpearse contra una roca, el traidor logró escapar con éxito y nunca lo encontraron.

El pedido del siervo a San Jorge

Alma Rosales

Hace mucho tiempo, en un pueblito lejano de Inglaterra, vivía un sirviente que siempre deseaba algo mejor para su vida. Cada día, trabajaba muy duro en los campos de su Señor, pero sentía que sus esfuerzos no eran suficientes para cambiar su suerte. Un día, decidido a hacer un cambio, el sirviente fue a la gran iglesia donde estaba la estatua de San Jorge, el santo patrón del lugar. Con mucha esperanza en el corazón, el sirviente se arrodilló frente a la estatua de San Jorge y le rogó que le ayudara ante Dios para mejorar su vida.

Le contó todas sus penas y sueños, creyendo firmemente que el santo lo escuchaba desde el cielo.

Pero San Jorge, siendo solo una figura de mármol, permaneció sin reaccionar ante las peticiones del sirviente. A pesar de eso, el sirviente, confiando en su fe, creía firmemente que sus palabras eran escuchadas y que el santo le respondería.

Después de ese encuentro en la iglesia, el sirviente volvió a trabajar con más fuerza y determinación, convencido de que San Jorge había escuchado sus plegarias y estaba ayudándolo desde el cielo.

El Señor, al notar el cambio en la actitud del sirviente, le preguntó sobre eso. El sirviente, con una sonrisa, compartió su experiencia con San Jorge y su firme creencia en el poder del santo para mejorar su vida.



Aunque el jefe no compartía la misma fe en San Jorge que el sirviente, no pudo ignorar el cambio en su actitud y su trabajo más diligente. Con el tiempo, el sirviente continuó con su labor con más entusiasmo, convencido de que San Jorge seguía velando por él, aunque en realidad fuera solo una creencia arraigada en su corazón.

Y aunque el Señor nunca entendió completamente la fe del sirviente, aprendió a respetarla y admirar la determinación y esperanza que le daba.

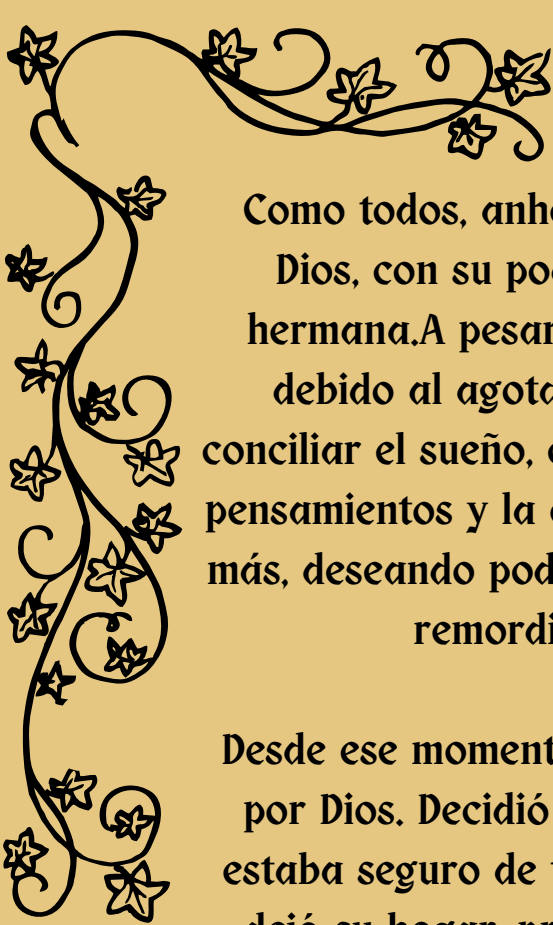
En busca del perdón

Daniela Wong

En unas montañas lejanas de Barcelona, se hallaba un monasterio oculto, donde residía un monje sabio, uno de los más reconocidos en su región. Su nombre era Bernardo y, cuando era joven, de unos 13 años, llegó al monasterio debido a la pérdida temprana de su hermana, un suceso que lo marcó profundamente, pues ella era sumamente apreciada. Decidió entonces emprender una profunda reflexión espiritual y buscar un camino más entregado a la fe. Se sentía abrumado y atemorizado por su dolor y no deseaba caer en la tentación. Aunque experimentaba un fuerte resentimiento e injusticia por la pérdida, sabía que Dios estaba con él y renunciar a esa creencia no era una opción.

Su familia tenía escasos recursos; eran siervos al servicio de un señor en un pequeño pueblo donde la carencia era común. El señor no mostraba clemencia hacia ellos, exigiéndoles trabajar el doble cada año y explotándolos aún más. Bernardo comprendía que ese estilo de vida no era sostenible. Su hermana, ya exhausta, comenzó a enfermar gravemente. Carecían de medicinas y de los recursos para curarla. Todos estaban angustiados por ella y empezaron a perder la fe.

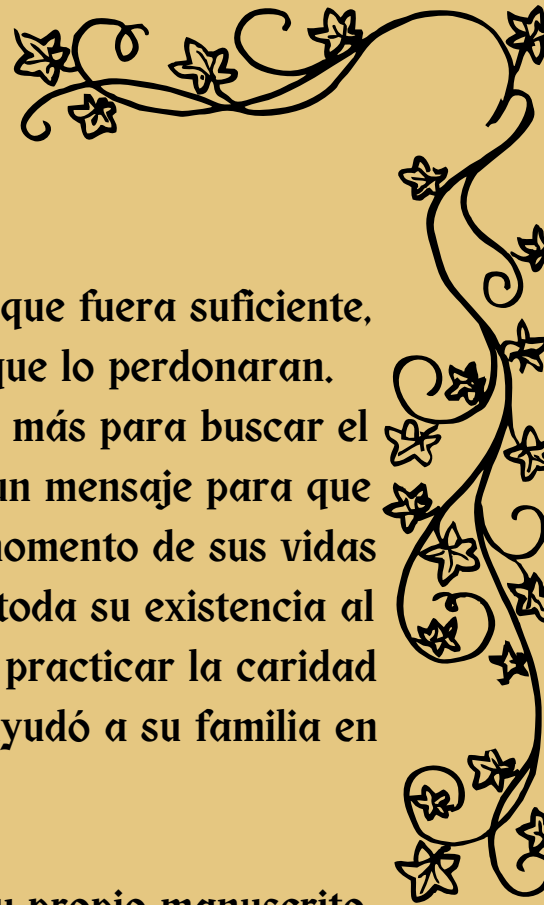
Aunque sentían resentimiento hacia su señor, sabían que no debían hacerlo, pues, al fin y al cabo, él les brindaba apoyo y medios para subsistir. Incluso, Bernardo sintió que en un momento perdió la fe en Dios y deseó culparlo por esa trágica experiencia. Se sentía culpable y ansiaba liberarse de esos sentimientos, pues albergar tales pensamientos era un pecado que él no quería afrontar.



Como todos, anhelaba alcanzar el cielo y realmente creía que Dios, con su poder y bondad, lo perdonaría y sanaría a su hermana. A pesar de sus rezos y súplicas, su hermana falleció debido al agotamiento y la escasez de alimentos. No podía conciliar el sueño, cada noche su mente se atormentaba con estos pensamientos y la culpa lo consumía, lamentando no haber hecho más, deseando poder obtener el perdón de Dios y liberarse de ese remordimiento que lo carcomía por dentro.

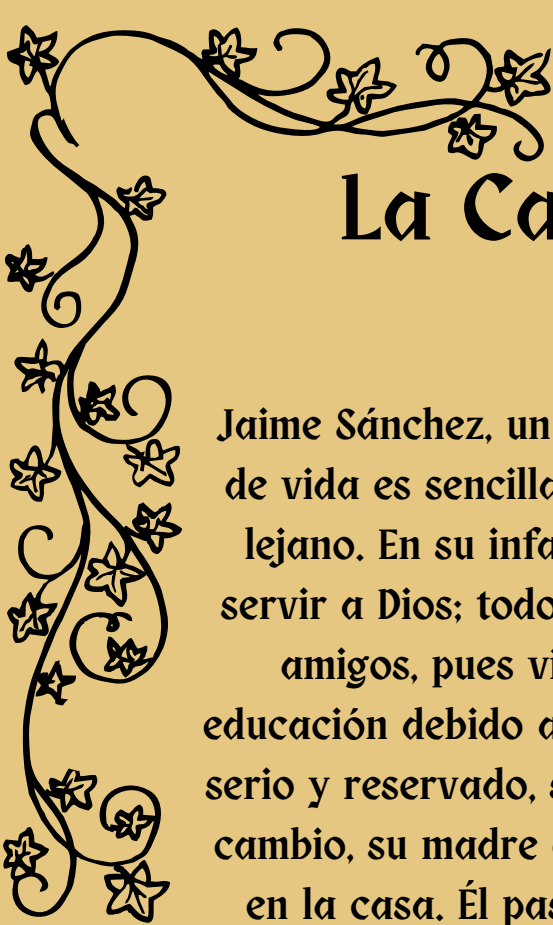
Desde ese momento, Bernardo tuvo un propósito: ser perdonado por Dios. Decidió entonces unirse a un monasterio. Aunque no estaba seguro de tener la capacidad para convertirse en monje, dejó su hogar, prometiéndole a sus padres que los ayudaría y seguiría siendo bondadoso. Bernardo se dedicó al noviciado, estudiando la oración, las reglas y la vida monástica, además de realizar trabajo manual. Pasaron varios años antes de que completara su período y fuera aceptado por los monjes veteranos, quienes reconocieron su gran capacidad intelectual y decidieron admitirlo en el monasterio.

Bernardo se entregó por completo a la caridad, predicando el mensaje de Dios a los demás. No quería que nadie pasara por lo que él vivió durante su infancia. Deseaba que todos, a través de ese mensaje, aprendieran a ser leales y bondadosos entre sí. Por ello, cada vez que ayudaba a los necesitados, a los ancianos, distribuyendo alimentos y ropa, y educando a quienes lo necesitaban, especialmente cuidando a los enfermos, brindándoles refugio, alimento y mucha oración, intentaba enmendar lo sucedido con su hermana.



Esta fue su forma, aunque él no consideraba que fuera suficiente, de pedir tanto a Dios como a su hermana que lo perdonaran. A pesar de todo, no sentía que debiera hacer más para buscar el perdón. Sin embargo, su sueño era predicar un mensaje para que aquellos que se sintieran perdidos en algún momento de sus vidas pudieran encontrar la fe en Dios. Así, dedicó toda su existencia al monasterio, a difundir el mensaje de Dios y a practicar la caridad en su comunidad. Disfrutó de buena salud y ayudó a su familia en todo lo que pudo.

En sus últimos días, Bernardo decidió crear su propio manuscrito. A lo largo de su vida, había aprendido lecciones importantes, como la virtud de la compasión al dedicarse a ayudar a los enfermos y necesitados, y la humildad, al convivir con otros monjes y servir a los demás, renunciando a su ego. Escribió sobre la importancia de encontrar a Dios y cómo su experiencia lo ayudó en su desarrollo personal, además de compartir sus aprendizajes sobre el cristianismo. Siempre recordaba a su hermana, pues por no creer lo suficiente, la perdió. Después de su muerte, todas sus pertenencias fueron enterradas con él, incluido su manuscrito. Muchos años después, este manuscrito fue encontrado y su mensaje fue escuchado y aplaudido por muchos.

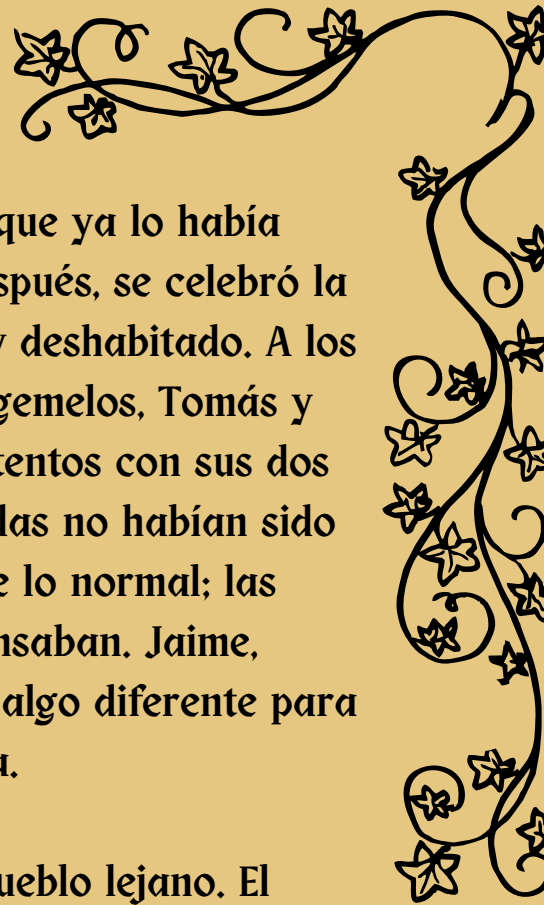


La Catedral de Castilla

Isabella Wong

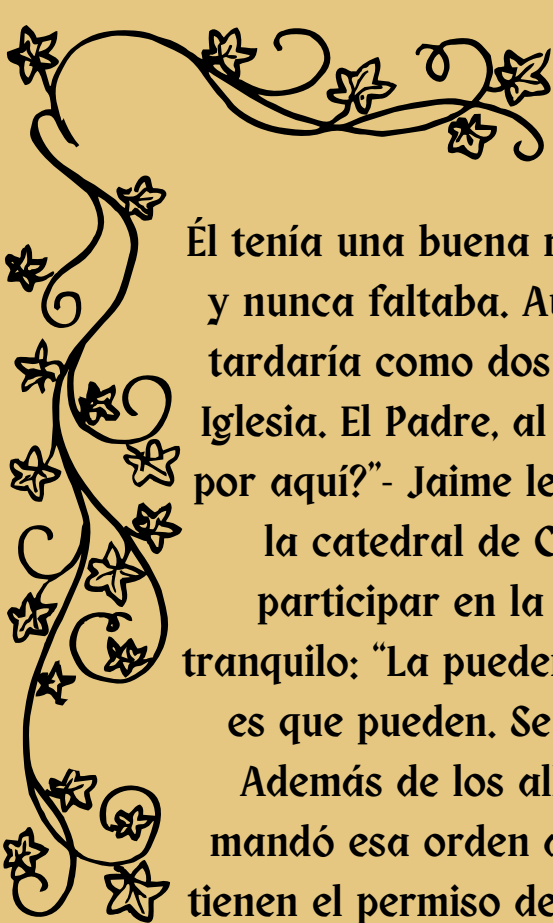
Jaime Sánchez, un hombre cristiano, casado y siervo. Su historia de vida es sencilla; sus padres trabajaban en un feudo bastante lejano. En su infancia, Jaime fue educado para ser cristiano y servir a Dios; todo lo que hacía, lo hacía por Él. No tuvo muchos amigos, pues vivía muy lejos. Sus padres no tenían mucha educación debido a su posición social. Su padre era un señor muy serio y reservado, siempre trataba de trabajar hasta lo último. En cambio, su madre era más alegre; ella brindaba felicidad y amor en la casa. Él pasaba todo el tiempo trabajando al lado de su padre. Su vida en la adultez no cambió mucho. Su rutina era muy repetitiva; todos los días hacía lo mismo: ayudar con la cosecha y el ganado, rezar y dormir. Su padre pasaba preocupado, pensando en cuándo se casaría su hijo.

Siempre le decía que se tenía que casar y tener hijos para dejar un legado. A Jaime no le importaba mucho, aunque lo pensaba. Reflexionaba sobre cómo podría ser su vida diferente con una esposa e hijos. ¿Sería más fácil o tendría más trabajo?; ¿El Señor se sentiría orgulloso o satisfecho?; ¿O simplemente lo castigaría?; ¿Por qué debería casarse?; ¿Su padre lo dejaría de molestar cuando se case o no?; Jaime se desvelaba con esas preguntas. Se contestaba que El Señor sabía lo que hacía; siempre tenía una respuesta para todo. Algunos años pasaron, y su tío le presentó a su hija, Margarita. Era una muchacha muy tranquila, trabajadora, dispuesta a dar todo para formar una familia.



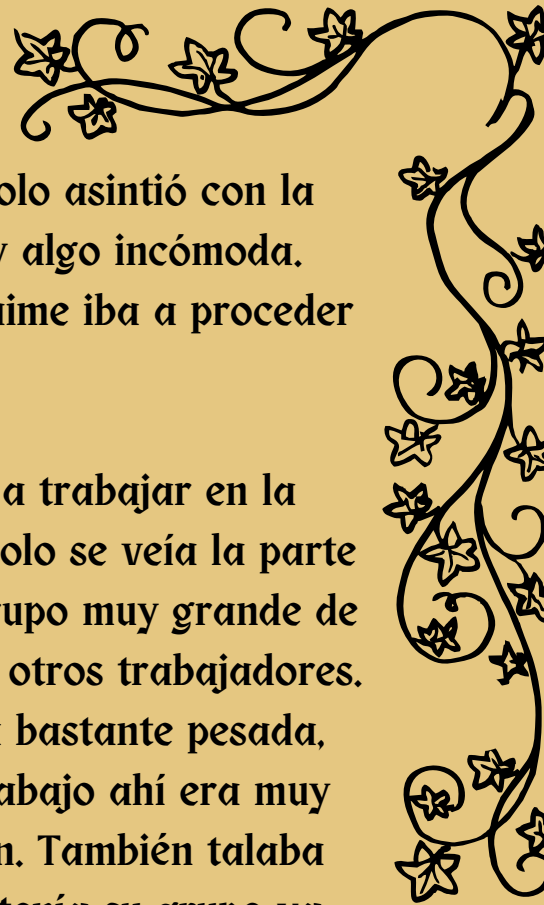
A Jaime le interesó la idea de casarse porque ya lo había meditado y estaba listo para ello. Dos días después, se celebró la boda, fue muy pequeña, pues era un lugar muy deshabitado. A los meses, Margarita quedó embarazada; eran gemelos, Tomás y Gabriel. Margarita y Jaime estaban muy contentos con sus dos hijos. Desde el nacimiento de sus hijos, sus vidas no habían sido iguales. Ahora, tenían que trabajar más de lo normal; las cosechas no alcanzaban y casi no descansaban. Jaime, preocupado, se preguntaba cómo podía hacer algo diferente para cambiar el rumbo de su vida.

Hasta que un día, llegó un mensajero al pueblo lejano. El muchacho comunicó a todos los habitantes que se construiría una nueva catedral en Castilla, en la ciudad. Las pocas personas del pueblo le agradecieron al joven; algunos estaban un poco interesados por la noticia, pero Jaime no. Jaime, emocionado por demostrar su fe al Señor, estaba pensando en ir a ayudar, pero no estaba seguro de hacerlo. Su padre, al oír la noticia, habló con su hijo. Ambos tuvieron una conversación profunda al respecto, discutiendo las ventajas de ir a ese trabajo, que no solo tomaría un esfuerzo físico, sino también mental. Sería un trabajo que llevaría años en lograr, y tal vez no llegaría a ver el resultado final. Todavía no sabían muchos detalles sobre el por qué, el cómo o el quién. Jaime pensaba en ir a preguntar al Padre toda la información faltante.



Él tenía una buena relación con el Padre, pues siempre iba a misa y nunca faltaba. Aunque le quedaba un poco lejos ir a visitarlo, tardaría como dos días en ir. Los dos días pasaron, y llegó a la Iglesia. El Padre, al verlo, le sonrió: “Jaime, hijo mío, ¿qué te trae por aquí?”- Jaime le respondió: “Padre, venía a preguntarle sobre la catedral de Castilla. ¿Sabe usted cuándo y quién puede participar en la construcción?”- El Padre le respondió muy tranquilo: “La pueden construir quienes puedan y quieran, claro, si es que pueden. Se necesitan personas voluntarias igualmente. Además de los albañiles, arquitectos y artesanos. El Rey nos mandó esa orden de reclutar a otras personas y esas personas tienen el permiso de salir del feudo a Castilla, hijo mío.”- “Gracias, Padre, por toda la información.”- respondió Jaime. Él se fue después de otra conversación con el Padre. Él sabía que esta decisión podría afectar su relación con su esposa e hijos, pero valía la pena. Tenía fe en que su padre podría protegerlos muy bien, a pesar de que iba a estar lejos por mucho tiempo. Cuando llegó dos días después a su hogar, habló con su esposa.

Ambos tuvieron una conversación muy larga y algo tediosa, pues ella no estaba de acuerdo en que él se fuera de la casa por un tiempo indefinido, si es que volvía. Sus hijos, su trabajo, ¿qué sería de su vida sin ellos? Los dos tenían puntos de vista diferentes, prioridades distintas; para Jaime, era su fe, para Margarita, sus hijos. Hubo un momento en la discusión que se volvió muy fuerte, con gritos y llantos en la pequeña casa. Todo fue así hasta que se escucharon unos balbuceos. Era Tomás, que se había despertado. Margaret, frustrada por la situación, fue a atender al bebé, tratando de consolarlo sin que despertara a su hermano. Jaime, simplemente, se sentó, cansado de la discusión. Al regresar Margaret, dijo: “Me voy a dormir, no quiero hablar más de esto.



Buenas noches, Jaime” - Jaime no contestó, solo asintió con la cabeza. La noche pasó, fue muy silenciosa y algo incómoda. Ninguno de los dos estaba de acuerdo, pero Jaime iba a proceder con su elección.

Un año después, Jaime ya había empezado a trabajar en la catedral. La catedral apenas iba empezando, solo se veía la parte baja. Cada vez que pasaba por ella, veía un grupo muy grande de personas cargando materiales, incluso a veces otros trabajadores. Tenía un aspecto particular; había una vibra bastante pesada, pero a la vez majestuosa, inalcanzable. Su trabajo ahí era muy sencillo; era jalar las piedras donde le pedían. También talaba madera. Sus trabajos eran en equipo; Jaime tenía su grupo ya asignado. Eran las mismas tareas en diferentes lugares. A veces el sacerdote o un monje venía a supervisar cómo iba la construcción. En algunos momentos del mes, no había suficiente comida o descanso. Esos meses eran los peores; el trabajo era aún más pesado. A pesar de los problemas que enfrentaba Jaime, siempre se ponía a rezar, rogando para que todo mejorara y pudiera regresar a casa. Sus plegarias eran largas y diarias; no había día en que no rezara.

Eso hacía que el tiempo pasara un poco más rápido. Ya llevaba 3.5 años ayudando y no se veía apenas el esfuerzo de todos los trabajadores. Hasta que un día le llegó una noticia muy desgarradora; sus hijos habían muerto en un incendio. Esto destrozó por completo a Jaime; las personas más importantes y por quienes hacía este sacrificio habían muerto. Sus ganas de seguir con este proyecto bajaron; no podía soportar la pérdida de sus hijos, a quienes amaba con el alma. Cada día iba con el sacerdote a pedirle, más bien a rogarle, si había una posibilidad de un milagro, de que estuvieran vivos.



El sacerdote le respondía lo mismo, que el Señor hacía las cosas por una razón, que tal vez esta era una señal de algo más grande.

Jaime poco a poco fue superando la muerte de sus hijos, y fue volviendo a trabajar como antes. Su vida fue volviendo a tomar rumbo, a pesar de que fue doloroso y muy difícil. Ya se sentía diferente; el Señor lo había iluminado para seguir con el camino que debía. La divinidad lo ayudó en sus peores momentos; eso era lo que la catedral significaba para él, lo escuchó y guió. Eso era lo que el sacerdote le dijo. Dios nunca lo iba a abandonar, nunca.

Esto fue la experiencia más espiritualmente mágica, algo que nunca se iba a olvidar. Ese era el mensaje de Dios para todos:
siempre habrá un final en el túnel.

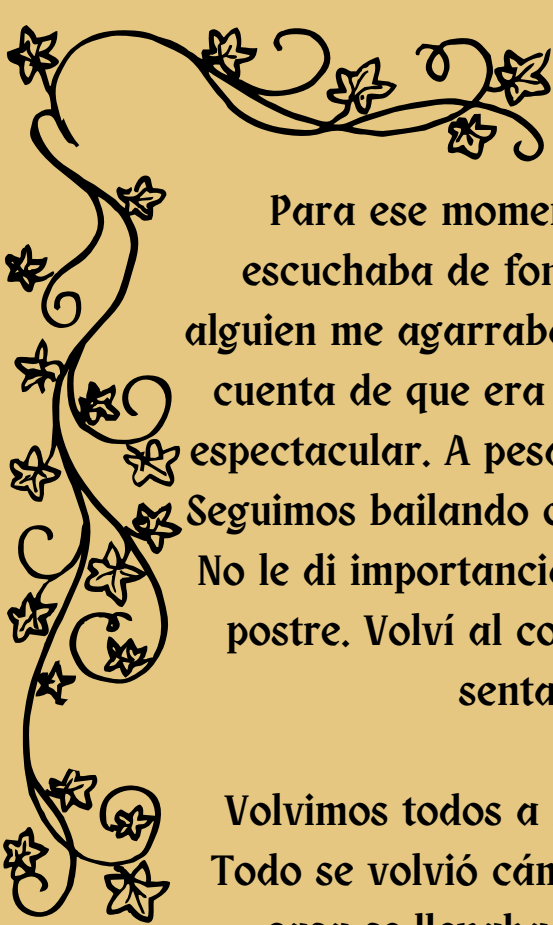


La Espectacular Fiesta

Amalia Ortiz

El día de fiesta solo significaba una cosa: la casa iba a estar llena de voces, baile, risas y el olor a comida impregnaría el ambiente. De pequeña, ayudaba a mi mamá a preparar comida y bebidas para nuestros invitados, además de limpiar la casa. Nunca me permitían ser parte de la fiesta, pero como me fascinaba, me escondía detrás de la puerta de la cocina para observar a la gente bailando. “Isabel, ven rápido”, me llamó mi esposo, Arnaldo. Inmediatamente fui hacia él y me informó que dos personas más iban a asistir. “Debes hacer más comida para mis hombres”, dijo. Asentí y me fui a hacerla. Siempre me han gustado las fiestas, pero pasar toda la mañana preparando comida, limpiando y acomodando la casa no es mi parte favorita. Arnaldo nunca me ayuda, ¿por qué iba a hacerlo? Es trabajo de las mujeres. Las mujeres tienen muchos roles que implican complacer a los hombres.

Pude terminar la comida a tiempo, la cual consistía en pescado, queso y pan. Acomodé todo en la mesa junto con la bebida. Apenas llegaron las personas, les abrí la puerta. Arnaldo les dio la bienvenida y comenzaron a hablar. Fueron llegando más personas y seguí el mismo proceso. Les serví comida y conversé un poco con sus esposas. Obviamente, las risas no faltaron. Ahora, las fiestas no se sienten igual que cuando era pequeña. Me di cuenta de que siempre que escuchaba risas y voces, eran hombres. “¿Isabel?”, me llamó una mujer. Sacudí la cabeza. “Perdona, ¿qué decías?”, respondí. “Te pregunté hace cuánto te enteraste”. Sonreí y agarré mi vientre. “No fue hace mucho”, terminé por decir.



Para ese momento, ya había gente bailando. La flauta se escuchaba de fondo junto con el tambor. En eso, sentí como alguien me agarraba la cintura. Me quedé helada hasta que me di cuenta de que era Arnaldo. Empezamos a bailar y la noche fue espectacular. A pesar de todo, la exhausta mañana valió la pena. Seguimos bailando cuando de repente sentí un dolor en mi panza. No le di importancia y fui a la cocina para preparar un pequeño postre. Volví al comedor, lo puse en la mesa y comimos todos sentados. El dolor todavía no se iba.

Volvimos todos a bailar, mi esposo reía y se movía con ritmo. Todo se volvió cámara lenta. Quería atesorar ese momento. La casa se llenaba de risas, podía sentir a las personas a mi alrededor moviéndose, sus voces eran fuertes. De fondo, se escuchaban los hermosos cantos y los instrumentos acompañando. Mis pies me empezaron a doler, así que me senté. A mi lado, estaba una mujer. Probablemente la esposa de algún hombre que mi esposo me avisó que vendría ese mismo día. “Hola, soy Elena”, me dijo la mujer. “Mucho gusto, Isabel”. Charlamos y reímos por mucho tiempo. Cuando Gerardo dio la excelente idea de rezarle al Señor, todos nos sentamos en la mesa juntos y rezamos. Le di las gracias al Señor por darme la bendición de ser esposa, por la comida en la mesa, por las risas en la casa y porque pronto se escucharía el llanto de un bebé.

Cuando terminó la noche y todos se marcharon, me quedé sola acomodando la casa. Arnaldo acompañó a algunas mujeres a su casa. Cuando terminé de dejar la casa impecable, Arnaldo todavía no había vuelto. Era normal irme a dormir sin él en la casa. Me acomodé en la cama, apagué la vela y cerré los ojos.



Seis meses después

Esta fiesta era la más esperada para mí. Mi hijo, Sebastián, finalmente iba a tener las puertas abiertas al cielo, iba a ser admitido y aceptado en los brazos de nuestro Señor. Después de la ceremonia, mi familia y seres queridos cercanos nos reunimos en nuestra casa. Una vez más, la casa estaba llena de voces, risas y personas bailando. Sebastián, que tan solo tenía días de nacido, ya era celebrado y amado. Y así, es como quería mi vida desde pequeña: siendo madre y esposa, y teniendo fiestas cada vez que se daba la oportunidad. Yo quería ser, y soy, como mi madre: una madre feliz a la que nunca le faltan las risas en la casa.



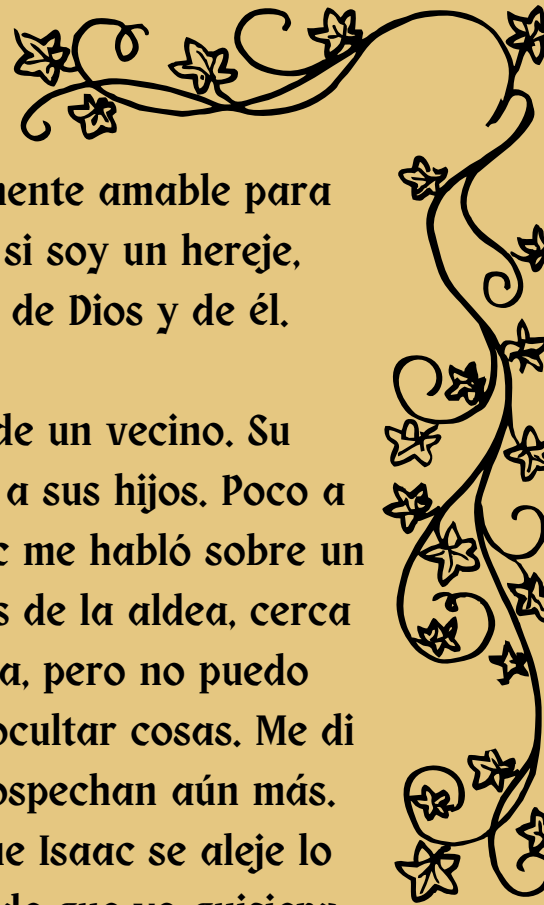
Oculto entre las sombras

Eduardo Chaves

Sobrevivir oculto como alguien considerado hereje en esta época se ha vuelto una situación de vida o muerte. Especialmente ahora que corre el rumor de que enviaron una cruzada para empezar a cazarnos, a nosotros los judíos. Mi única opción ha sido esconderme entre los demás cristianos. Ir a la iglesia cristiana resulta ser lo más incómodo. Siento que le faltó el respeto a HaShem con mi sola presencia aquí. Lo que empeora las cosas es que muchas veces no puedo prestar atención en la iglesia y algunos creyentes me llegan a hacer preguntas que no sé responder, así que solo digo que por ahora no tengo tiempo que dedicarle al Señor y me voy.

Últimamente estoy sintiendo que sospechan de mí. Vi cómo un clérigo y otros creyentes me miran un poco raro. El otro día estaba caminando y sorprendentemente me topé con un antiguo amigo judío igual que yo. Isaac era su nombre. Me trajo un poco de paz, pero si así de fácil me lo encontré en la calle, ¿tan fácil será reconocer a un judío como yo de manera hereje? Me da inquietud.

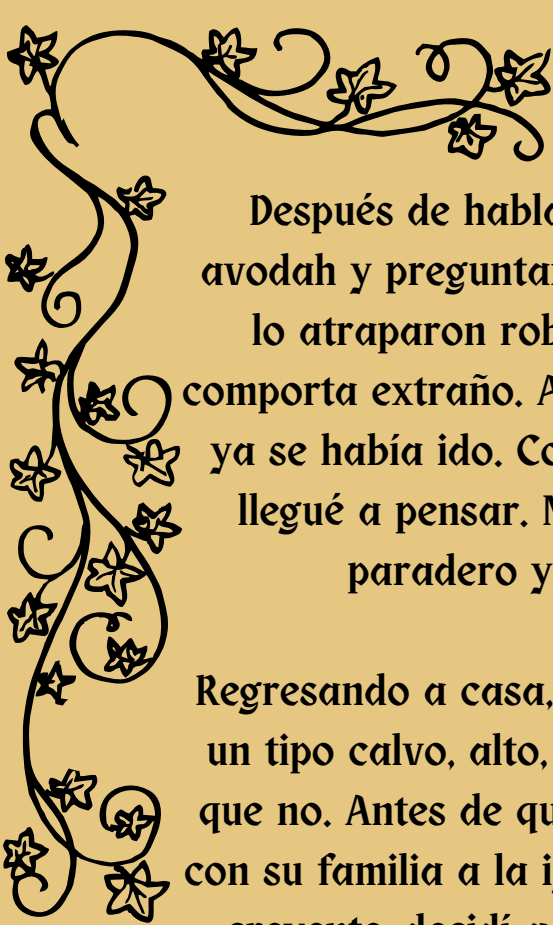
Al día siguiente decidí tomar el tiempo de hablar con mis vecinos para crear una imagen menos profana y que me vean de manera más cristiana. Uno de los clérigos me invitó a visitar un monasterio. Todo resultó bien hasta que lentamente comencé a darme cuenta de que quien creí que era un siervo, era un monje dominico, y empezó a interrogarme. Creo que muchas respuestas las tuve mal.



Lo curioso es que el siervo fue lo suficientemente amable para dejarme ir y solo me dejó una advertencia: si soy un hereje, recibiré las peores de las muertes de parte de Dios y de él.

Después de aquel fallo decidí ir a la casa de un vecino. Su nombre era Jorge. Me presentó a su esposa y a sus hijos. Poco a poco empezó a caerme mejor. El otro día, Isaac me habló sobre un pequeño avodah (servicio/culto) en las afueras de la aldea, cerca de una taberna. Me pareció excelente la idea, pero no puedo permitir que Isaac sea tan malo a la hora de ocultar cosas. Me di cuenta de que si sospechan de mí, de Isaac sospechan aún más. Decidí tomar cartas en el asunto haciendo que Isaac se aleje lo suficiente de mí y del avodah. Isaac se enojó de que yo quisiera alejarlo de nuestra religión, pero lo convencí de que nada más se alejara del avodah.

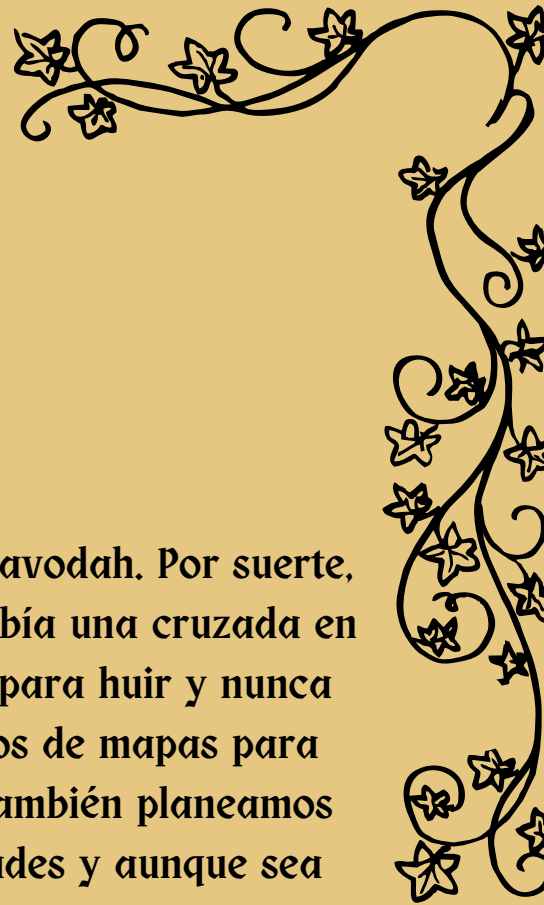
Al siguiente atardecer decidí ir al avodah y me sentí como en casa, ya que las personas que estaban ahí me trataron muy bien. Ese día conocí a Adella, con quien tuve una conexión inmediata. Ambos somos judíos y tenemos los mismos problemas, siendo el principal evitar que descubran nuestro secreto de ser judíos. Con el paso del tiempo, el avodah se convirtió en un hogar. Me llevaba mejor con los monjes y con Jorge, pero no con Isaac. Se notaba su resentimiento hacia mí, casi no iba al avodah ni para rezar y, cuando llegaba, no hacía nada. Le pregunté qué pasó y me dijo que todos me tratan de la misma manera. Se notaba enfermo y había perdido parte de sus pertenencias, así que le di un poco de dinero y me fui, parecía que quería estar solo.



Después de hablar con Isaac, decidí platicar con alguien del avodah y preguntar qué le sucedía a Isaac. Adella me contó que lo atraparon robando. Ahí logré entender por qué Isaac se comporta extraño. Al entender, decidí volver a hablar con él, pero ya se había ido. Comprendí que no conocía tanto a Isaac como llegué a pensar. Me di a la tarea de buscarlo hasta saber su paradero y darle algo de comida, ropa y dinero.

Regresando a casa, recuerdo preguntarle a Jorge si había visto a un tipo calvo, alto, delgado con ropa desgarrada. Jorge me dijo que no. Antes de que terminara la conversación, Jorge me invitó con su familia a la iglesia, y como no puedo romper mi imagen de creyente, decidí aceptar sin pensarlo demasiado. Todo estaba yendo normal dentro de la iglesia hasta que de la nada empezaron a sonar pezuñas de manera rápida y ruidosa afuera de la iglesia. Me quedé preocupado viendo cómo los monjes se quedaban hablando en voz baja. En cierto punto, la iglesia regresó a su curso.

Después de la iglesia, supe inmediatamente qué estaba pasando. No podía parar de sudar frío ni de temblar; el miedo me había vencido. Decidí escabullirme hasta llegar a casa y a escondidas hablar con Jorge, quien se enojó porque desaparecí en la iglesia. Le pregunté qué es lo que más sabía sobre la cruzada y me dijo que esta vez vinieron en busca de herejes para matar por la palabra de Dios.



Tomé la decisión de regresar al atardecer al avodah. Por suerte, todos estaban allí. Decidí alertarnos de que había una cruzada en busca de judíos. Entre todos hicimos un plan para huir y nunca regresar. Empezamos a juntar diferentes tipos de mapas para planear una ruta normal y otra de escape. También planeamos cuáles iban a ser nuestras próximas identidades y aunque sea difícil, aprender un poco de catecismo para que cueste más atraparnos en caso de que lo hagan.

De la nada, en las afueras del avodah, empezaron a sonar grandes estruendos; era la cruzada junto con un par de monjes y una figura enigmática... habían llegado. Abrieron a la fuerza y aunque algunos judíos habían logrado escapar, como Adella, yo no. Amanecí y vi que era el mismo monje dominico. Huele horrible y la atmósfera no es muy agradable. De la nada, me mira a los ojos y me dice: "Debiste escuchar la palabra de Dios". Observé cómo estoy atado de pies a cabeza, semidesnudo frente a una multitud de monjes y observo mi lento final.



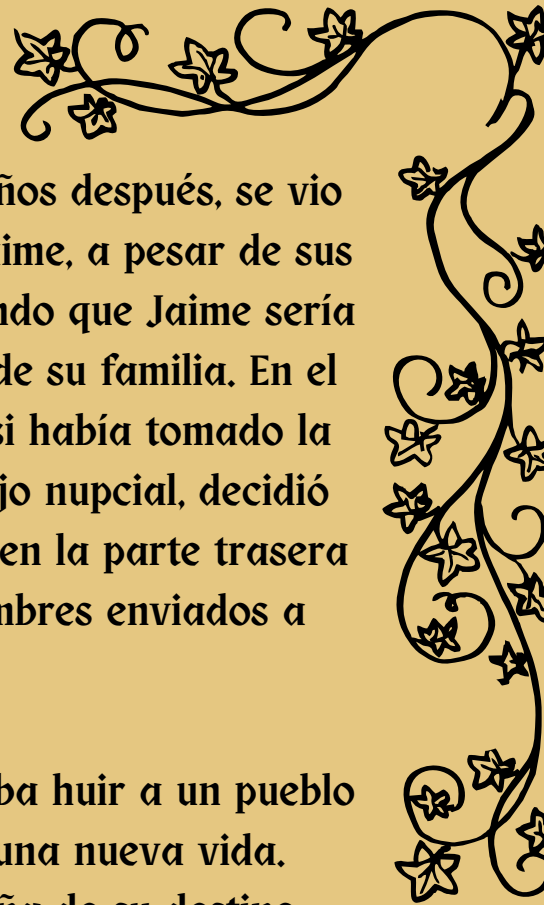
En busca de libertad

Jimena Fuentes

Érase una vez un pequeño pueblo medieval donde habitaba una joven llamada Catalina. Vivía en una época en la que las mujeres estaban constreñidas por limitaciones durante toda su vida. Se les enseñaba que su propósito principal era ser buenas esposas y cuidar de sus hijos, siguiendo el ejemplo de la virgen María.

La figura de la virgen María era de suma importancia en la Edad Media. Se la consideraba pura, humilde y el modelo a seguir para las mujeres. Catalina, como todas las mujeres de su época, la admiraba profundamente, pero también anhelaba la libertad. Temía la presión y las expectativas impuestas por la sociedad y su familia, como casarse con alguien desconocido.

Un día, mientras paseaba por el monasterio, Catalina se vio inmersa en pensamientos sobre la vida perfecta de la virgen María y cómo logró mantener su pureza en medio de las adversidades. Intrigada, buscó respuestas entre las monjas del pueblo, quienes le revelaron aspectos fascinantes sobre la vida de María, incluido su lugar en el Corán. Descubrió que más allá de su pureza, María desafió las limitaciones impuestas por la sociedad y siguió su propio camino, cumpliendo su destino. Catalina anhelaba seguir un camino similar, lejos de las convenciones sociales impuestas a las mujeres.

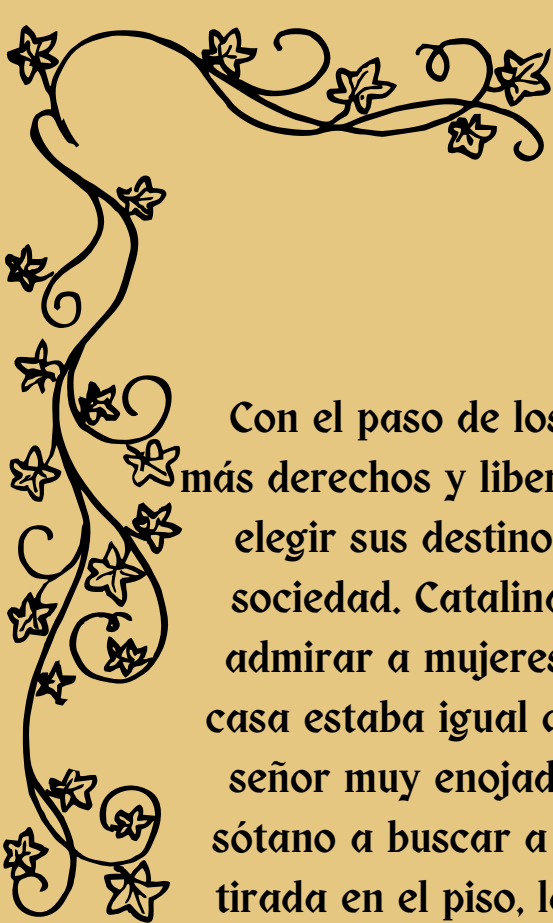


Sin embargo, enfrentó grandes obstáculos. Años después, se vio obligada a casarse con un hombre llamado Jaime, a pesar de sus reticencias. Su padre la convenció argumentando que Jaime sería un buen esposo, como la virgen María cuidó de su familia. En el día de su boda, Catalina reflexionaba sobre si había tomado la decisión correcta. Cuando vio al lejano cortejo nupcial, decidió escapar. Se deslizó por una pequeña ventana en la parte trasera de la casa, pero fue descubierta por los hombres enviados a buscarla.

Decidida a buscar su libertad, Catalina planeaba huir a un pueblo cercano, cambiar de identidad y empezar una nueva vida.

Anhelaba abrir su propio negocio y ser dueña de su destino. Mientras los hombres del señor la perseguían, él amenazaba a su familia, culpándolos por su fuga. Catalina fue capturada y llevada al castillo, donde fue tratada cruelmente. Sufrió abusos por parte del señor y sus hombres, viviendo en condiciones deplorables en el sótano del castillo.

Con el tiempo, enfermó gravemente, pero nadie le prestó atención. Una epidemia de gripe azotó el castillo, afectando a muchos siervos, incluida Catalina. Debido a su debilidad, el señor la apartó de los niños y la obligó a trabajar en la oscuridad de la noche para no molestar a nadie. Un día, el señor descubrió que Catalina no había cumplido con sus tareas y la encontró postrada en el suelo del sótano, víctima de la enfermedad. Había perdido la batalla por la vida.



Con el paso de los años, las mujeres obtuvieron gradualmente más derechos y libertades. Soñaban con un futuro donde pudieran elegir sus destinos y desempeñar roles más destacados en la sociedad. Catalina, atrapada en una época injusta, solo pudo admirar a mujeres valientes. Un día, el señor se despertó, y la casa estaba igual que ayer, Catalina no había limpiado nada, el señor muy enojado le dijo a uno de sus hombres que fuera al sótano a buscar a Catalina, cuando llegaron se la encontraron tirada en el piso, la enfermedad le había ganado, y catalina se había muerto.

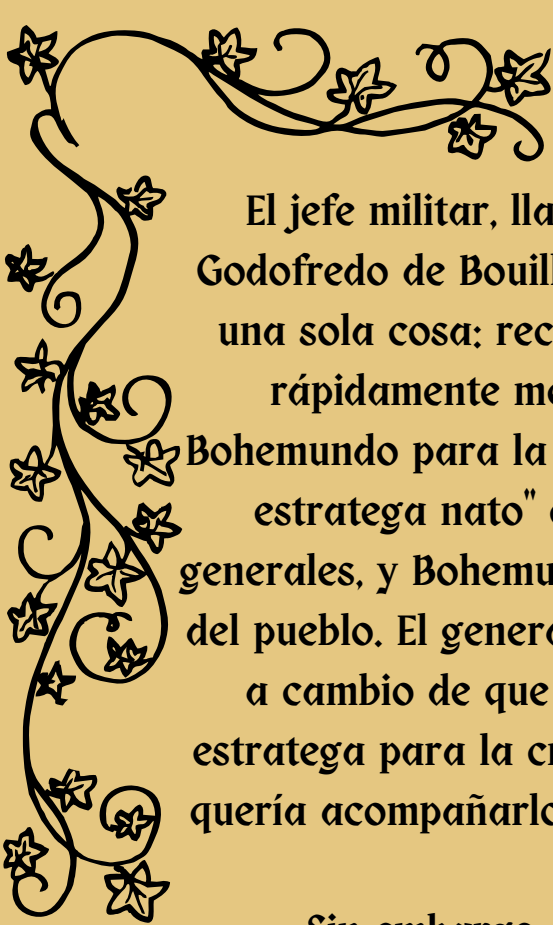
Después de muchos años, las mujeres lograron tener un poco más de derechos y pudieron hacer roles más destacados, como poder elegir a su marido, o comerciar, Catalina soñaba con poder vivir esto, pero lamentablemente nació en una época muy injusta, y lo único que podía hacer era admirar a mujeres muy valientes.

Bohemundo: El líder de los inmortales

Alessandro Batista

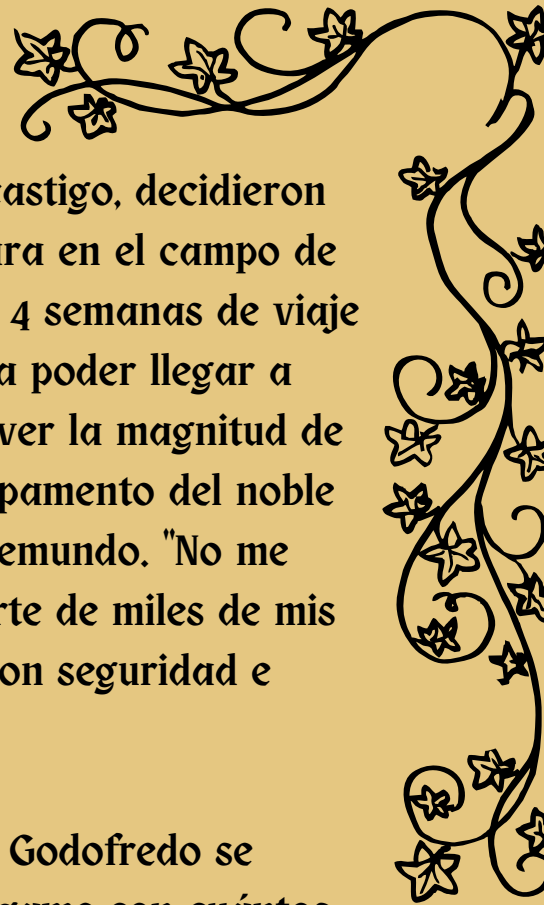
La Tierra Santa, donde murió Jesús de Nazaret, o la grandiosa Tierra Prometida por Dios para el pueblo de Yahvé, pueden ser los nombres de la Tierra Santa llamada Jerusalén. Este territorio fue el hogar de ciertas disputas por el dominio territorial, llamadas cruzadas, debido a la riña entre religiones que sucedieron dentro de este territorio entre el Islam y el Cristianismo de Europa. Años antes de que esta guerra comenzara, nacería uno de los líderes que definiría gran parte de estas cruzadas. Su nombre, Bohemundo de Tarento, era un joven italiano con una familia normanda muy influyente en el sur de Italia.

Desde joven, él desarrolló grandes habilidades de liderazgo a través de actividades en equipos que se realizaban en su pueblo. Su familia siempre dijo que su liderazgo natural fue una bendición de Dios, lo cual lo llevó a entregar su tiempo y juventud a la iglesia. Sin embargo, un día, un jefe militar intentó llevarse a los niños para enlistarlos en el ejército, entre los cuales estaba el primo menor de Bohemundo, Tancredo. Al ver la desesperación de todos por intentar recuperar a sus hijos y hermanos, Bohemundo aprovechó su liderazgo y su don nato para realizar estrategias y poder recuperar a los niños. Se puso manos a la obra y empezó a incitar a los demás a unirse a él para poder recuperar a los jóvenes, lo que rápidamente llamó la atención de los ciudadanos que no decidieron irse para atrás. Esto también fue notado por el jefe militar, que rápidamente decidió sentarse a negociar con Bohemundo y su familia.



El jefe militar, llamado Raimundo IV, era un emisario del rey Godofredo de Bouillón y estaba reclutando soldados para lograr una sola cosa: recuperar la Tierra Santa, Jerusalén. Raimundo rápidamente mencionó que requerían de generales como Bohemundo para la toma de Jerusalén. "Intrépido, inteligente y un estratega nato" eran los requisitos que ocupaban tener los generales, y Bohemundo cumplía todas e incluía algo más, el amor del pueblo. El general rápidamente ofreció la libertad de los niños a cambio de que Bohemundo fuera a servir como general y estratega para la cruzada del rey Godofredo. Su primo Tancredo quería acompañarlo, no quería que su primo se fuera a la guerra por él.

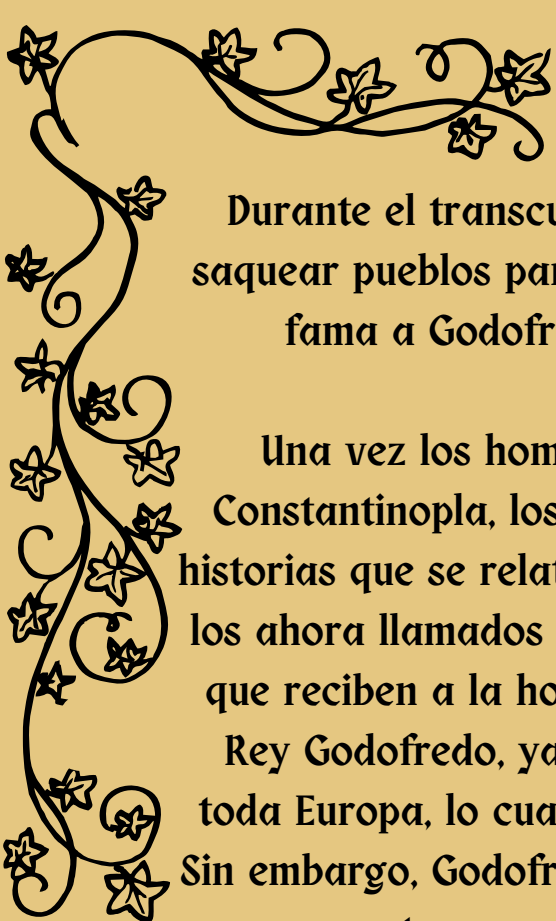
Sin embargo, sus padres no permitieron que él fuera. Unos días después llegó el día en el que Bohemundo tendría que partir, sin embargo, nadie se había percatado de que entre los guardias se había infiltrado Tancredo. Al anochecer, mientras todos dormían, Tancredo intentó acercarse a su primo, pero al intentar acercarse a la hoguera donde se encontraban, tuvo un encuentro contra un lobo. Al ver su vida en riesgo, no tuvo más remedio que luchar contra la feroz bestia. Rápidamente, sus dotes físicos lo hicieron destacar, ya que pudo luchar cuerpo a cuerpo contra la bestia sin más que una piedra y sus manos. Bohemundo rápidamente notó que el responsable de salvar el campamento no era nadie más que Tancredo; sin embargo, los guardias lo rodearon y lo obligaron a someterse.



Aunque estuvieran cerca del pueblo como castigo, decidieron dejarlo para que guiara con su primo y luchara en el campo de batalla contra los musulmanes. Fueron más de 4 semanas de viaje a caballo a través de toda esta tierra hasta poder llegar a Francia. A pesar de esto, se sorprendieron al ver la magnitud de semejante ejército cristiano. Al entrar al campamento del noble Godofredo, todos se inclinaron, menos Bohemundo. "No me inclinaré ante el hombre que causara la muerte de miles de mis hermanos y hermanas", dijo Bohemundo con seguridad e imposición.

Los generales, los otros nobles e incluso Godofredo se sorprendieron por su comportamiento. "¿Y dígame con cuántos hombres cuenta su ejército?" La reacción de Bohemundo demostró pavor y susto. "¿Cómo que entre 80 y 100 mil caballeros!? Sin embargo, a Bohemundo no le darán más de 2 mil soldados para poder realizar la entrada en el saqueo de Constantinopla. A pesar de que su tarea sonaría casi como una misión suicida, Bohemundo se puso manos a la obra y rápidamente pensó en cómo lograr abrir una brecha entre las murallas constantinopolitanas. Noches y días enteros sin hacer más que preparar lo que sería la prueba de su valor como estratega y general de su legión.

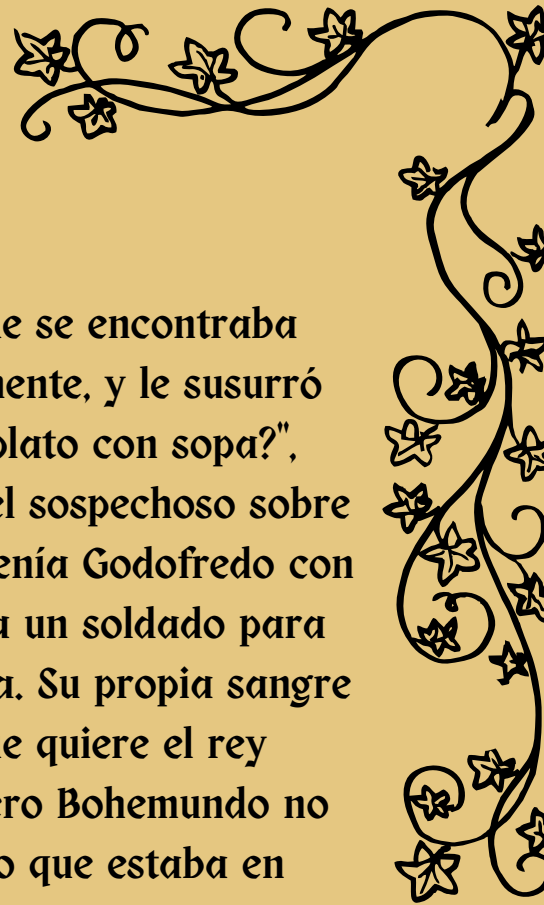
Cuando una noche Bohemundo susurró mientras pensaba "lo tengo". Al presentar su idea al noble Godofredo y a otros nobles, todos accedieron, por lo que Bohemundo cada vez empezó a ser más amado entre los nobles y sus ejércitos lo respetaban como estratega y como compañero. El día llegó y Godofredo y su ejército partieron directo a Constantinopla a través de la Ruta de los Balcanes. Con un total de 50,000 hombres, tardaron alrededor de 8 semanas en poder ubicar la tierra de Constantinopla.



Durante el transcurso del viaje, Bohemundo estuvo a cargo de saquear pueblos para alimentar a su legión y brindarle tesoros y fama a Godofredo, el cual estaba feliz por el resultado.

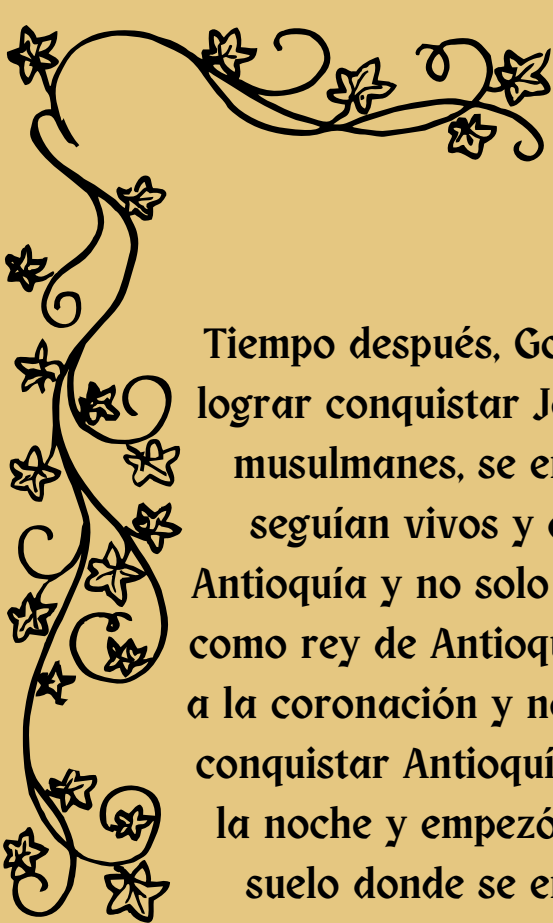
Una vez los hombres se asentaron afueras de la ciudad de Constantinopla, los bizantinos ya estaban al tanto debido a las historias que se relataban sobre El temible Bohemundo y su legión, los ahora llamados “Los inmortales” debido a las casi nulas bajas que reciben a la hora del combate. Esto no alegró para nada al Rey Godofredo, ya que él quería ser el hombre más temido de toda Europa, lo cual se estaba viendo frustrado por Bohemundo. Sin embargo, Godofredo tenía algo más importante por cumplir en ese momento, y eso era volverse el señor de Jerusalén. Alejo I, le abrió las puertas de Constantinopla a Godofredo, confiado de que los católicos le ayudaran a combatir la amenaza de los infieles musulmanes. No obstante, en su paso por esa grandiosa ciudad, las tropas de Godofredo generaron un caos nunca antes visto. Robaron, violaron, pelearon, ensuciaron. Alejo I, nunca estuvo tan arrepentido. “Al fin y al cabo, seguían siendo bárbaros”, pensó.

Una vez con los recursos para emprender el viaje hacia Jerusalén, el rey Godofredo le encargó a uno de sus hombres de confianza envenenar la comida de Bohemundo, todo esto debido a la envidia que tenía por la fama de Bohemundo, ya que esta opacaba la suya. Sin embargo, el encargado de esta tarea era Tancredo. Él vino a la guerra para volver a casa siendo un hombre con honor y gloria y ser reconocido y no vivir bajo la sombra de su familia. Sin embargo, esta sombra lo siguió a todos lados, ahora provenientes de Bohemundo. Todo esto siendo escuchado por uno de los guerreros de la legión de Bohemundo, el cual, a pesar de intentar avisar a su general, fue asesinado por un Tancredo cegado por la ira y el odio.



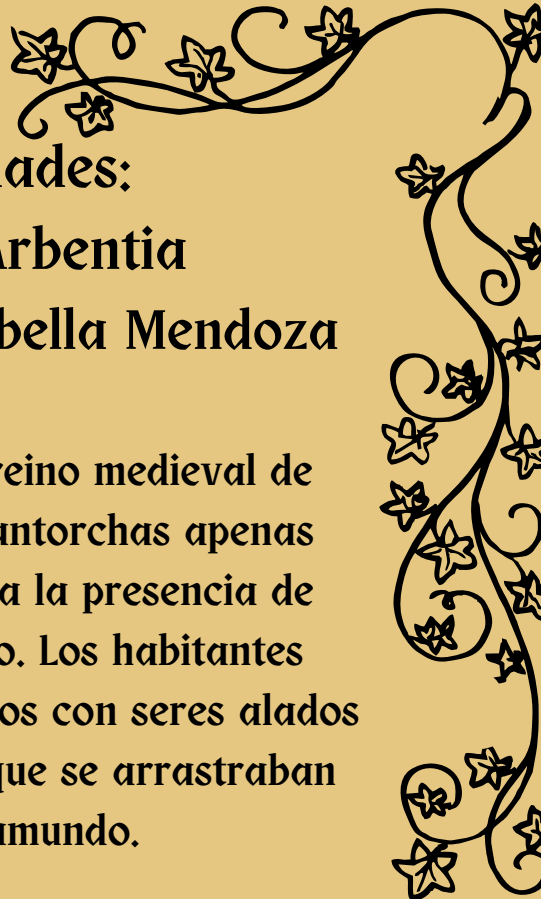
Una vez llegó Tancredo a la hoguera donde se encontraba Bohemundo, este llegó por su espalda lentamente, y le susurró “Querido primo, el rey te envía esto”. “¿Un plato con sopa?”, Bohemundo estaba confundido, sin embargo, el sospechoso sobre la traición de su primo y las intenciones que tenía Godofredo con él y su legión. Así que decidió darle la sopa a un soldado para comprobar sus sospechas y era lo que él temía. Su propia sangre lo había traicionado, todo esto es algo que quiere el rey Godofredo para deshacerse de los primos. Pero Bohemundo no quería causar un conflicto ahora, era claro que estaba en desventaja. Así que decidió ir a darle un mensaje a su rey, al entrar a su tienda todos se quedaron atónitos “¿De verdad creíste que una sopa me mataría? Ocupas más que eso para acabar conmigo”.

Absolutamente todos los rostros en la habitación representaban incredibilidad por lo que estaba pasando, sin embargo, rápidamente Godofredo impuso su presencia y maldijo a Bohemundo declarándolo no como el enviado de Dios para recuperar la Tierra Santa, sino como el hijo de Lucifer, el destinado a destruir todo a su alrededor. Bohemundo procedió a dejar el campamento y junto a él toda su legión, la cual ya lo respetaba lo suficiente para elegir su bando antes que el de Godofredo.



Tiempo después, Godofredo, el cual había tenido problemas para lograr conquistar Jerusalén y poder perforar las defensas de los musulmanes, se enteró de que Bohemundo y su legión entera seguían vivos y que además, Bohemundo era el príncipe de Antioquía y no solo eso. Dentro de 3 semanas será su coronación como rey de Antioquía. Las semanas pasaron y Godofredo asistió a la coronación y no con una buena intención, ya que este quería conquistar Antioquía y acabar con Bohemundo y su legión. Cayó la noche y empezó su plan, sin embargo, se percató de algo: el suelo donde se encontraba estaba mojado. Todo había sido orquestado por Bohemundo. Una vez su legión se encontraba lado a lado contra la de Bohemundo, Bohemundo tiró una flecha en llamas al suelo haciendo así que Godofredo y sus 200 mejores hombres murieran quemados.

“Así fue, mis queridos hermanos, mi historia de cómo dejé mi casa siendo un don nadie, asalté Constantinopla, tomé y reiné en Antioquía y ahora, junto a ustedes, la cúspide de mi historia, ¡CONQUISTAR JERUSALÉN!” De esta forma fue como Bohemundo de Tarento, después de una vida llena de éxitos y traiciones, dirigió a más de 100 mil hombres a conquistar la Tierra Santa, como hicieron muchos líderes militares, igual que él.

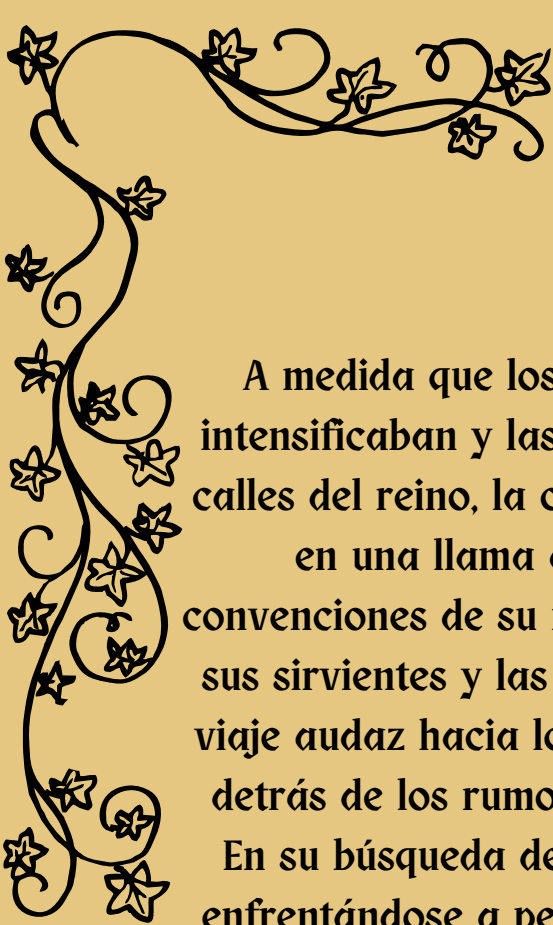


Entre sueños y realidades: La Leyenda del Reino de Arbentia

Isabella Mendoza

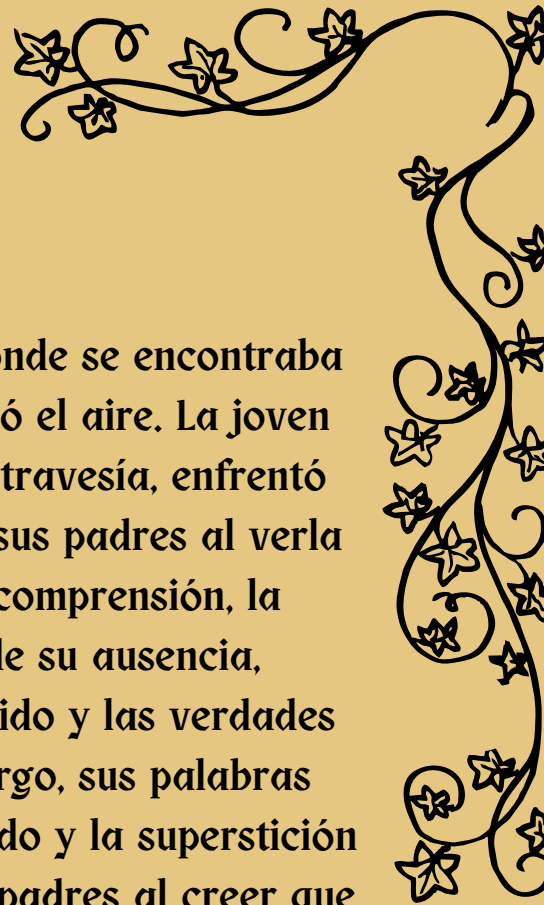
En las sombrías y neblinosas calles del reino medieval de Arbentia, donde las luces titilantes de las antorchas apenas lograban iluminar la oscuridad, se rumorea la presencia de fuerzas más allá del conocimiento humano. Los habitantes susurraban entre sí sobre encuentros cercanos con seres alados de belleza celestial y criaturas tenebrosas que se arrastraban desde las profundidades del inframundo.

En este entorno impregnado de misterio y superstición, residía la noble princesa Cristina, heredera al trono y con tan solo 17 años era poseedora de una belleza radiante como la luz del sol, con su cabello negro como la oscuridad y su mirada llena de determinación. Sin embargo, su vida no era lo que se contaba, que solía tratarse de regalos y riquezas. A pesar de su posición privilegiada, desde joven había deseado explorar más allá de los muros altos del castillo. Pero como había sido criada toda su vida en la riqueza de la realeza, sin poder ver a nadie ni relacionarse con ninguna persona de su edad, su corazón anhelaba explorar los rincones más oscuros y desconocidos del reino, buscando respuestas a las preguntas que la inquietaban en las noches solitarias.



A medida que los murmullos de encuentros sobrenaturales se intensificaban y las sombras parecían cobrar vida propia en las calles del reino, la curiosidad de la princesa Cristina se convierte en una llama ardiente que la impulsaba a desafiar las convenciones de su noble posición. A pesar de las advertencias de sus sirvientes y las normas de sus padres, decidió emprender un viaje audaz hacia lo desconocido, decidida a descubrir la verdad detrás de los rumores que habían estado rondando en el reino. En su búsqueda de respuestas, la princesa Cristina se encontró enfrentándose a peligros que desafiaban su valentía y su fuerza de determinación.

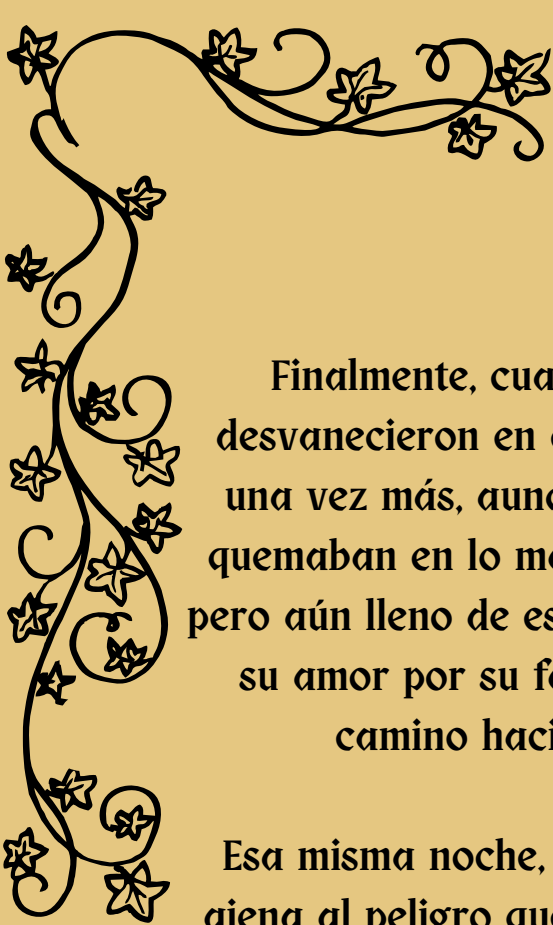
A lo largo de su viaje, descubriría que los fenómenos sobrenaturales que una vez creyó que existían solo permanecían únicamente en el ámbito de las leyendas y las creencias populares. A medida que exploraba los exteriores del reino en busca de respuestas y aventuras, se encontró con una fiesta de plebeyos que celebraban alegremente, sin embargo, algunos de ellos se quedaban al lado de la fogata susurrando sobre los encuentros que estaban sucediendo en el reino. En ese mismo momento, la princesa Cristina no pudo creer lo que vio y escuchó que estaba pasando, se fue de ahí evitando que alguien la viera.



Con la llegada de los caballeros al lugar donde se encontraba la princesa Cristina, un silencio tenso envolvió el aire. La joven noble, cansada y desaliñada por sus días de travesía, enfrentó con calma la preocupación en los rostros de sus padres al verla regresar. Con el corazón lleno de amor y comprensión, la princesa intentó explicarles las razones de su ausencia, compartiendo las lecciones que había aprendido y las verdades que había descubierto en su viaje. Sin embargo, sus palabras cayeron en oídos sordos, sometidas por el miedo y la superstición que se habían guardado en el corazón de sus padres al creer que su hija estaba loca.

Convencidos de que la princesa Cristina había sido poseída por fuerzas oscuras, los reyes ordenaron que se llevara a cabo un exorcismo para liberarla del supuesto influjo del diablo. A pesar de las súplicas y protestas de la noble Cristina, se vio obligada a someterse al ritual, mientras los caballeros la mantenían retenida en contra de su voluntad.

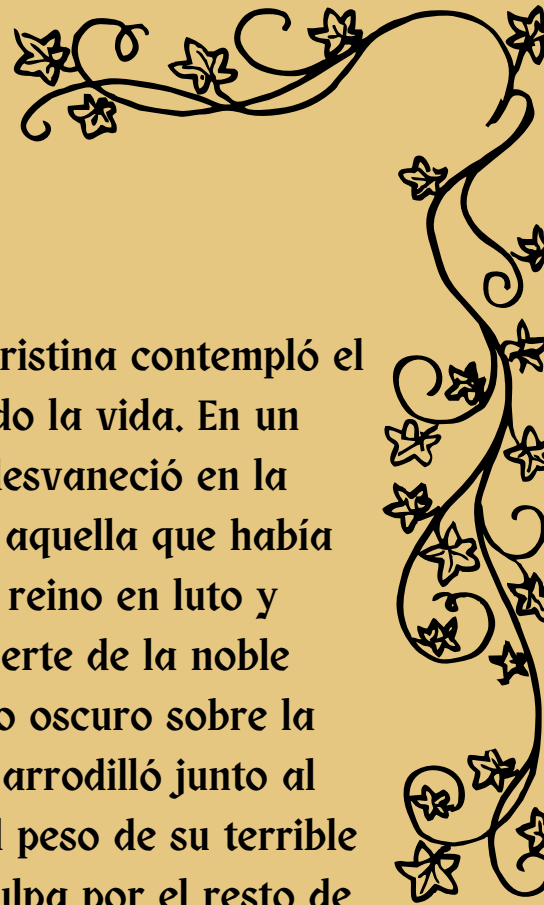
En medio de la solemnidad del acto, la princesa Cristina enfrentó una prueba más difícil y fuerte que cualquier otra batalla física, la lucha por mantener su propia identidad y dignidad frente a las creencias irracionales de aquellos que la amaban. Con valentía y determinación, resistió el tormento del exorcismo, aferrándose a su fe en la verdad y la bondad que había descubierto en su viaje.



Finalmente, cuando las últimas palabras de la ceremonia se desvanecieron en el aire, la princesa Cristina se encontró libre una vez más, aunque el dolor de la desconfianza y la traición quemaban en lo más profundo de su ser. Con el corazón herido pero aún lleno de esperanza, se enfrentó al desafío de reconciliar su amor por su familia con la necesidad de seguir su propio camino hacia la verdad y la realización personal.

Esa misma noche, mientras la princesa Cristina yacía dormida, ajena al peligro que estaba sobre ella, en medio de la oscuridad de la noche, su madre, consumida por la locura y el miedo, se acercó sigilosamente al lecho de su hija. Con manos temblorosas y ojos llenos de lágrimas, levantó un antiguo puñal, su corazón destrozado por la desesperada creencia de que estaba protegiendo a su hija de las supuestas fuerzas malignas que la habían corrompido.

Con un susurro ahogado por el dolor y la desesperación, la reina descendió el puñal hacia el pecho de la princesa. Un silencio pesado llenó la habitación mientras la hoja se hundía en la piel de su propia hija, un acto de desesperación que sellaría su destino y el de su familia para siempre. La princesa Cristina se despertó en medio de la oscuridad, su rostro reflejando el horror y la confusión mientras sentía el frío del metal penetrando en su piel. Un grito de angustia se escapó de sus labios mientras se aferraba débilmente a la vida, sus ojos llenos de lágrimas al encontrarse con los de su madre, ahora llenos de remordimiento y locura.



Con el último suspiro de vida, la princesa Cristina contempló el rostro de la mujer que una vez le había dado la vida. En un instante de dolor y traición, su mundo se desvaneció en la oscuridad, su destino sellado por la mano de aquella que había jurado protegerla. La tragedia envolvió al reino en luto y desesperación mientras la noticia de la muerte de la noble princesa Cristina se extendía como un manto oscuro sobre la tierra. En el corazón del castillo, la reina se arrodilló junto al lecho de muerte de su hija, su alma rota por el peso de su terrible acto, condenada a cargar con el peso de su culpa por el resto de su vida.

Así, en la noche silenciosa, la noble princesa Cristina encontró un final trágico a manos de aquellos que más debieron haberla protegido, su vida aterrorizada por el oscuro poder del miedo y la locura.